ra al partido dominante por cualesquiera caminos, trasladando fuera de las córtes la batalla si dentro de ellas la perdía, hacia falta un escándalo, y no quiso desperdiciar la ocasión de causarle. Así, no bien fué presentado el proyecto de ley, cuando los que le desaprobaban alzaron un clamor violento contra un modo de proceder por el cual afirmaban que se cometía un quebrantamiento notorio de la Constitución y de la práctica de los cuerpos legisladores. Daba la ley misma presentada margen á otros cargos de igual naturaleza, porque, disponiéndose en la Constitución que los ayuntamientos para el gobierno de los pueblos fuesen hijos de elección popular, el gobierno proponía que se le cometiese el nombramiento de los alcaldes, si bien habiendo de escogerlos entre los concejales por el voto popular nombrados. De esto había ejemplo en la vecina Francia, donde, disponiendo la carta constitucional que los pueblos eligiesen sus cuerpos municipales y la guardia nacional su oficialidad, las leyes hechas posteriormente y aprobadas disponían que los alcaldes en los primeros, y los coroneles en la segunda, fuesen nombrados por el gobierno de entre los elegidos por los pueblos para regidores y oficiales. Al cabo, para defender lo propuesto en el proyecto de ley del gobierno, era necesario apelar á sutilezas, y habría sido más llano declarar que un artículo de la Constitución podía ser reformado por el voto de ambos cuerpos legisladores á propuesta y con la aprobación de la corona. Pero á las preocupaciones vulgares de España, de las cuales participaban hombres de no comun entendimiento y ciencia, chocaba la idea de enmendar siquiera una tilde en el texto de la Constitución, no haciéndolo por un cuerpo llamado constituyente. Así, al empeñarse la reñida lid que comenzó, solían llevar lo mejor en sus argumentos los contrarios al proyecto de ley, cuando sus defensores, al revés, se veían precisados á valerse de razones, más que sólidas, ingeniosas. Los primeros esforzaron su opinión con increíble violencia, no faltando entre ellos quien soltase la expresión de que con dar un voto favorable á semejante ley los diputados que así procediesen serían traidores y perjuros. No era en verdad el punto que daba ocasión á tan acerbadas acriminaciones la parte de la ley propuesta que más dolía á los hombres de la parcialidad extremada, á quienes más que otra cosa importaba que continuasen por entonces los ayuntamientos en su estado de independencia, en el cual podían servirle de instrumentos para una guerra civil donde les sería fácil alcanzar pronta y completa victoria. Así, teniendo por una parte que confesar que la ley vigente, cuya enmienda no deseaban, era viciosísima, buscaban modos de que recayese la disputa, no sobre la mejor ó peor calidad de la ley nuevamente propuesta, sino sobre algún punto que en ella ó en el modo de votarla diese motivo á excitar el odio de la gente violenta y alborotada contra sus aprobadores. Llevando á efecto este propósito no respetaban consideración alguna. Con la mira á aumentar el escándalo de que les resultaría provecho, trataron de poner obstáculos á la discusión del proyecto, de modo que su aprobación se hiciese imposible. Así recurrieron al arbitrio de hacer multiplicadas enmiendas, las cuales era necesario sustentar y com-